

PALABRAS EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN DE LA OBRA: *LIBRO HOMENAJE AL DR. PEDRO NIKKEN*, EDITADO POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES.

Allan R. Brewer-Carías

Hace exactamente un año y nueve meses, tiempo al cual si le restamos el que nos robó a todos la Pandemia del Covid-19, equivaldría a decir hoy, vital y temporalmente, algo así como “hace solo unos meses,” Adriana Pulido, Claudia Nikken, los académicos León Henrike Cottin y Luciano Lupini, y yo estábamos juntos con nuestro querido Pedro Nikken en Madrid, en un inolvidable acto académico de celebración de mi cumpleaños; acto al cual Pedro, por supuesto, no podía faltar.

Fuimos más que amigos, fuimos hermanos en la vida y de la vida, y como lo recordó en su discurso en dicho acto académico en Madrid, hasta llegó a crear una especie de “consejo de tutela” – como él lo llamó – para velar y protegerme en el uso de los medios en épocas en las cuales estuve muy expuesto.

En aquel acto, en realidad, sólo faltaron mis otros dos hermanos quienes para ese momento ya no podían asistir Tony Brewer Carías y Alberto Baumeister Toledo, y cuya dolorosa no presencia física precisamente evocó Pedro al final de su discurso.

En el mismo, además, luego de citar a Rafael Alberti y Lope de Vega en dos piezas memorables que Pedro recordaba con frecuencia, terminó afirmando que aquél acto era un “acto de gratitud,” despidiéndose de mí y de todos, diciendo: “Gracias, Randy, de todo corazón, Muchas gracias.”

Aquello, para mí, queridos amigos, fue algo más que una despedida casual, quizás por la carga emotiva que tiene el exiliado al ver a sus hermanos y amigos, y no querer dejar de seguir viéndolos. Pero llegué hasta allí y no quise seguir pensando lo que fugazmente sentí, como si se

tratara de una despedida que me hacía para emprender un largo viaje sin regreso.

Nos vimos esos días en Madrid, donde almorzamos y departimos como en nuestros viejos tiempos, incluso con algún puro y una copa de vino, pero no dejé de sentir que para cuando dejáramos Madrid ya luego no nos volveríamos a ver.

Sí, fue una sensación muy extraña, que olvidé hasta que solo unas semanas después me llegó la noticia de su súbito fallecimiento. Los hermanos y amigos entrañables no sólo se comunican hablando, y bien sabemos cómo los hombres muchas veces no necesitamos hablar para saber.

Hasta el fin de sus días, en todo caso, el querido Pedro tuvo una vida plena y productiva que generosamente compartió con todos quienes lo tratamos.

Globalmente diría yo que fue una vida signada por su vocación de maestro; y como buen maestro, por tanto, no hizo otra cosa que no fuera enseñar.

Lo hizo toda su vida y, por supuesto, no sólo dando clases en la Universidad, sino más importante, en las aulas de la vida, como profesor, como abogado, como socio, como juez, como litigante, como académico y como defensor de los derechos humanos y de los valores de la democracia.

A todos los que lo conocimos siempre nos enseñó algo. Nos enseñó a vivir; nos enseñó a disfrutar de la vida; nos enseñó a departir con los amigos en veladas interminables; nos enseñó a leer y apreciar la poesía, que declamaba con soltura; nos enseñó a apreciar la cocina y, sobre todo, a degustar de la buena comida, y después de las mismas, nos enseñó a disfrutar de buenos puros.

Pedro nos enseñó a visitar museos y, a mí, personalmente, me enseñó a descubrir y a admirar a “La joven con el sarcillo de perla” de Johannes Vermeer, que alguna vez vimos juntos en algún Museo, en los múltiples viajes itinerantes de la pintura.

Pero además, Pedro nos enseñó a estudiar; nos enseñó a enseñar; nos enseñó a defender derechos y a litigar en estrados como gladiadores; nos enseñó a negociar, a conciliar, a arbitrar y a juzgar; nos enseñó a afrontar las dificultades con determinación; nos enseñó a proteger; nos enseñó la importancia de los derechos humanos; nos enseñó la forma cómo éstos se internacionalizaron; no enseñó a distinguir las reglas del derecho internacional en relación con los derechos internos; en fin, nos enseñó el valor de la paz frente a la guerra; nos enseñó sobre el derecho a la paz de los pueblos y sobre el derecho de todos los ciudadanos a vivir en paz..

Ese fue nuestro querido Pedro, uno de los más grandes juristas americanos de nuestro tiempo, cuya fructífera vida es la que precisamente hemos querido recordar y homenajear desde la Academia de Ciencias Jurídicas y Políticas, su Academia, con este magnífico *Libro Homenaje* que sale gracias a la colaboración recibida no solo de parte de Carlos Ayala Corao, como co-editor, de todos los que escribieron para el mismo, y de todos quienes hicieron posible la edición de la Editorial Jurídica Venezolana, que hoy se presenta en esta Academia.

Los dos volúmenes, además de estar impresos en físico en Caracas en una edición limitada gracias al generoso aporte de Adriana, está disponible desde hoy, igualmente en físico, en todo el mundo, en las librerías globales.

Habiendo sido Pedro un hombre que también nos enseñó a querer los libros, pienso además que este es el mejor regalo que podemos ofrecerle con todo nuestro afecto á su memoria, y también a nuestras queridas Adriana Pulido y Claudia Nikken, para honrar a quien tanto nos dio en la vida.

20 de julio de 2021